

XV Jornadas de Investigación y Cuarto Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2008.

La epistemología comparada y su impacto sobre la historiografía de la psicología.

Christiansen, María Luján.

Cita:

Christiansen, María Luján (2008). *La epistemología comparada y su impacto sobre la historiografía de la psicología*. XV Jornadas de Investigación y Cuarto Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-032/67>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/efue/mXH>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LA EPISTEMOLOGÍA COMPARADA Y SU IMPACTO SOBRE LA HISTORIOGRAFÍA DE LA PSICOLOGÍA

Christiansen, María Luján
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Guanajuato,
México

RESUMEN

El presente trabajo expone los avances de una investigación cuyo objetivo general es el de explorar la fertilidad de la “epistemología comparada” defendida tempranamente por L. Fleck y retomada más tarde por la “nueva” filosofía de la ciencia de corte kuhiano. Se intenta, particularmente, estimar los alcances de sus reflexiones en el campo de la historiografía de la psicología, examinando de manera específica el problema del cambio de concepciones científicas en torno al fenómeno de las diferencias individuales. La ponencia se concentra críticamente sobre la narrativa dominante en las historias de la psicología consideradas “tradicionales” (lineales, triunfalistas, continuistas) y propone como estudio de caso una relectura de la transición desde la ciencia del carácter del siglo XIX a la ciencia de la personalidad del siglo XX. Siguiendo la propuesta de Fleck acerca de la identificación de “estilos de pensamiento” que configuran las diversas maneras de plantear problemas, introducir hipótesis y someterlas a prueba, argumentaré a favor de un análisis epistemológico de ambas concepciones (caracterología y ciencia de la personalidad) teniendo en cuenta su condicionamiento histórico y social, tanto en lo que atañe a sus respectivas ideas como también a las normas epistémicas bajo las cuales han sido eventualmente validadas y aceptadas.

Palabras clave

Epistemología Comparada Caracterología Personalidad

ABSTRACT

THE COMPARATIVE EPISTEMOLOGY AND ITS IMPLICATIONS FOR THE HISTORIOGRAPHY OF THE PSYCHOLOGY

“Comparative Epistemology” was first proposed by Ludwick Fleck in the 1930’s; some decades later the “new philosophy of science” recovered it and developed its implications for epistemological analysis of the scientific change. In contrast with the dogmatic view about truth, evidence, proof, objectivity and rationality, Fleck introduced an original idea on “thought styles” whose existence would underlie every belief socially and historically. In this paper I attempt to explore the potential of Fleck’s approach when it is applied to the historiography of the psychology, particularly to the contemporary transition from the science of character (“Ethology”) to the science of personality. Such a case- study follows the research line of previous writings I have done about Nineteenth Century mental philosophy in England. In my opinion, it shows adequately the weaknesses of accumulationist and whiggish orthodox historiography of psychology, which has naively understood that transformation in terms of a mere “universal epistemic progress”. Instead, a non-prescriptivist historiographic model focuses on how a specific theoretical view has been born, accepted, validated and ultimately naturalized.

Key words

Comparative Epistemology Characterology Personality

I

Uno de los debates en torno al cual gira gran parte de la investigación historiográfica y epistemológica actual es el de cómo explicar el cambio científico, esto es, el de dar cuenta de la transición desde una concepción teórica a otra. Tradicionalmente dominaron las historias cuya narrativa apuntaba a presentar la sustitución de teorías en términos de "progreso racional", entendiéndose por ello que la nueva teoría se imponía sobre las anteriores en virtud de algún logro epistémico. Esta caracterización historiográfica asumía una perspectiva lineal del desarrollo de la ciencia, además de consolidar una imagen triunfalista y acumulacionista del conocimiento científico. Tanto en las filas del positivismo lógico y del probabilismo como en la concepción falsacionista de los popperianos se aceptó sin mayor preámbulo esta representación de la historia de una disciplina. Sin embargo, desde mediados del siglo XIX, comenzó a imponerse un nuevo enfoque del pasado de las teorías, sustentado sobre creencias heterodoxas acerca de la naturaleza de la ciencia. El principal ataque dirigido en contra del modelo historiográfico ortodoxo tenía que ver con la supuesta "ingenuidad" de creer que el éxito de una teoría estaba determinado única y exclusivamente por factores puramente cognoscitivos (explicación, predicción, simplicidad, entre otros). Filósofos de la ciencia como Ludwick Fleck, Gaston Bachelard, George Canguilhem, Michel Foucault y Thomas Kuhn, entre otros, se ocuparon de indagar en los márgenes de la historia oficial de la ciencia, argumentando que la historia de un saber no es una mera crónica, ni una exhibición de los "precursores" de las ideas actuales. Por el contrario, estas nuevas tendencias preferían enfatizar el aspecto rupturista del cambio científico, subrayando la imposibilidad de someter ante un mismo tribunal a cuerpos de conocimiento que, a pesar de sus superficiales similitudes, discrepaban hasta en lo más básico: su ontología. Desde este marco, se suscitó la defensa de una "epistemología comparada", nombre propuesto tempranamente por Fleck en su -ahora- polémico libro *La génesis y el desarrollo de un hecho científico*, de 1928.

En esta ponencia presentaré los avances de una investigación que explora los alcances de esta última corriente epistemológica para visitar un episodio particular en la historia de la psicología, y que se refiere a la transición desde la ciencia del carácter del siglo XIX -caracterología- hacia la ciencia de la personalidad del siglo XX. El objetivo es hacer ver las bondades de un enfoque historiográfico despreocupado por el imperativo evaluativo que ha dominado a las historias disciplinares durante tanto tiempo.

II

Una epistemología comparada es la que se niega a asumir que su función estricta sea la de juzgar si los cambios de una teoría a otra han sido "correctos" o "incorrectos". Por el contrario, asume que, fuera de su nicho temporal, las ideas no son ni falsas ni verdaderas. En tal sentido, el rol del historiador ya no es el de árbitro de la racionalidad, sino el de un naturalista que busca explicar cómo un determinado conjunto de creencias logró sobrevivir mejor que otro a un contexto específico. Al respecto, Fleck introduce la siguiente metáfora: "*El juicio absoluto sobre la corrección de teorías fosilizadas es tan poco procedente como un juicio atemporal sobre la adaptación de una especie paleontológica: el brontosaurio estaba tan convenientemente organizado para su medio como la lagartija actual para el suyo. Arrancados de su hábitat, no pueden ser calificados ni de "adaptados" ni de "inadaptados"*" (Fleck, 1986, p. 73). De lo que se trata es de determinar cómo las ideas confusas -o protoideas- se van consolidando hasta naturalizarse, adquiriendo a lo largo de dicho proceso y por múltiples vías, un status de científicidad acorde a los parámetros epistemológicos de la época. Fleck concibe al conocimiento como un río cuyo fluir altera incesantemente sus márgenes y su lecho, arrastrando en su corriente una masa variable de sedimentos -"conocimiento anterior"- que puede ser significativamente asimilado o transformado en cada etapa que el río recorre. Asimismo rechaza la noción clásica del conocimiento definido como una relación gnoseológica entre sujeto y

objeto, ya que considera que una visión tan pobre despoja a la ciencia de su innegable configuración histórica y social. Cabe insistir en que, mientras que su analogía de la producción de conocimiento con un río subraya el dinamismo temporal del desarrollo científico, la ortodoxia comulgaría mejor con una metáfora como la del manantial, causando la errónea impresión de que las ideas pueden brotar espontáneamente, *ex-nihilo*. En franca oposición a semejante visión estática, la simbolización de la producción de creencias usando la imagen de un río permite dar sentido a ideas asociadas, tales como la de cauce irregular, afluentes, embalses, meandros abandonados, cascadas y demás accidentes hidrológicos que una cierta disposición geográfica impone de manera especial. Fleck denomina "estilos de pensamiento" a los diversos ríos que pueblan la historia de la ciencia, cada uno de ellos con su propia cabecera (o nacimiento), sus cursos específicos, sus peculiares y contingentes ramificaciones y su desembocadura. La "epistemología comparada" podría ser concebida, entonces, como una historia de la geografía del pensamiento en sus múltiples manifestaciones epocales, cada una de ellas condicionando dramáticamente lo que puede ser pensado, concebido, percibido y expresado.

III

El enfoque comparativo al "estilo-Fleck" no ha sido en absoluto preponderante en la historia de la psicología. Por el contrario, ha dominado el "egocentrismo epistemológico", es decir, la tendencia a narrar la historia de las ideas psicológicas como una secuencia de teorías que han ido abandonando los errores, las falsedades, las contradicciones, y han avanzado hacia la verdad. Es un hecho constatable, por ejemplo, que cuando nos detenemos particularmente a observar el pasaje de la ciencia del carácter a la ciencia de la personalidad nos vemos obligados a ver que los historiadores han concebido aquella transición de acuerdo al modelo historiográfico tradicional, es decir, explicando dicho cambio como una "superación" lograda por una psicología más objetiva que poco a poco se ha ido desentendiendo del abordaje metafísico con el cual la caracterología lidiaba. No hay al respecto un estudio comparativo de cada una de estas dos ciencias que aspire a algo más que a determinar cuál corrigió a cuál. La interpretación más económica ha sido la de suponer que la ciencia del carácter del siglo XIX -etología- estaba infectada de un lastre especulativo y que por esa razón fracasó siendo más tarde abandonada por la eminente ciencia de la personalidad.

Ahora bien, de acuerdo a mis investigaciones concernientes a la etología inglesa decimonónica (J.S. Mill, A. Bain, H. Spencer), mi opinión es que tal apreciación es, si no equivocada, al menos *apresurada*. Brevemente expondré algunos de los argumentos por los cuales sostengo tal punto de vista, adelantando que mi postura se encarna en la convicción fleckea de que lo interesante del análisis epistemológico no es el de dictaminar qué teoría es mejor "a secas", sino el de detectar qué condiciones de *posibilidad* y de *validación* convirtieron a una teoría específica en plausible, deseable y sostenible para quienes habitaban el espacio conceptual dentro del cual floreció, maduró y probablemente pereció.

En primer lugar, me parece inadecuada la explicación hegemónica que sostiene que la ciencia del carácter fue inexitosa a raíz de sus compromisos morales-valorativos. Una opinión como ésta aparece, por ejemplo, en el *Dictionary of Psychological and Psychoanalytic Terms* (H. y E. English, 1958), así como también en la gran obra de A. Roback, *The Psychology of Character: with a Survey of Personality in General* (1931). Coincido con estos autores en el hecho de que, ciertamente, la noción de 'carácter' albergaba esa dimensión axiológica a la cual ellos aluden. Es cierto también que el término 'carácter' era semánticamente ambiguo porque englobaba una doble acepción: por un lado, se refería a un hecho, pero también a un valor (en un sentido, el carácter designaba una fuerza natural, una energía espontánea, una actividad neurofisiológica; en otro sentido, denotaba fortaleza interna, volitiva, autodeterminación, poder sobre sí mismo, autonomía, independencia). Pero, en contra de

quienes leen esta polisemia como un lastre, una carga o un defecto, sostengo que la oculta ambivalencia semántica de la noción de carácter constituía su potencial, su riqueza, el fundamento de las expectativas que los intelectuales de la época habían depositado en el proyecto de fundar la etología o caracterología. Recordemos que el ideal que alimentaba aquel interés de los asociacionistas ingleses era, en definitiva, el de poner a la psicología en la base de una reforma educativa, social y política. Despojada de su dimensión moral, la ciencia del carácter nunca hubiera tenido el sentido profundo que tuvo para sus profetas. Narrar el destino sombrío que le esperaba a la caracterología arrancándola del hábitat en el cual maduró (esto es, explicar su desaparición sin tener en cuenta las transformaciones del contexto en la complejidad de su topografía) equivale a adoptar la actitud dogmática basada en el pueril optimismo de que “*la anterioridad cronológica es una inferioridad lógica*” (G. Canguilhem, 1952, p. 43-44). Situada en su propio marco ecológico, la caracterología satisfizo la importante función de legitimar tanto desde las ciencias de la vida -biología, medicina- como desde la teoría moral y política -Utilitarismo- una constelación de reformas institucionales y culturales cuya defensa era más urgente que la necesidad de una ciencia que gozara de pureza epistémica. El escepticismo acerca de la caracterología entendida en su doble connotación material-moral hubiera significado el derrumbe de la denominada “*etología política*”, o ciencia del carácter nacional, que era la ambición máxima de los ideólogos de las reformas pedagógicas y democráticas de la sociedad victoriana de mediados del siglo XIX (cfr. M. L. Christiansen, en prensa). A la luz de las ligas contextuales que una historia no-tradicional revela acerca de la emergencia y el enquistamiento de la ciencia del carácter en los discursos de la época, adquiere relevancia la apertura de preguntas que parecían ya respondidas por las historias anacrónicas de la psicología. Por ejemplo, podríamos preguntarnos si ha sido acertado ver a la ciencia de la personalidad como una versión corregida de la ciencia del carácter, y a la vez ver a la ciencia del carácter como una versión corregida de la frenología, que a su vez rectificaría la “*errónea*” teoría de los temperamentos. ¿Poseemos historias lo suficientemente profundas como para trazar relaciones de isomorfismo entre ellas? (es decir, para suponer que todas ellas se referían a una misma entidad que fue recibiendo distintas denominaciones). Dicho en otras palabras, ¿se refiere el concepto de “*personalidad*” a lo mismo que antes era llamado “*carácter*”?; ¿Se refería el “*carácter*” a lo mismo que más temprano había sido designado como “*temperamento*”? Si la entidad no es en absoluto la misma, entonces deberemos decir que cada una de estas teorías no comparten una misma ontología, y que, en consecuencia, sus categorías asociadas (por ejemplo, sus respectivos sistemas taxonómicos) no serían homologables. Si tal fuera el caso, estos diversos enfoques podrían verse como intraducibles y, por lo tanto, como “*inconmensurables*” (parafraseando a T. Kuhn en 1962).

IV

La defensa de una perspectiva epistemológica comparativa no-evaluativa rechaza la parcialidad típica de los modelos historiográficos que narran el pasado de las teorías con ánimo prescriptivista. Dado que la consideración de que una creencia es errónea, falsa, irracional o incoherente es una afirmación que solo tiene sentido cuando se han asumido ideas previas acerca de lo que es el conocimiento y sus condiciones de validación, es preciso insistir en la necesidad de analizar los conceptos -actuales y pasados- de acuerdo con su localización en el entretejido que le es -o era- propio. El intento de entender un concepto o una idea ignorando su génesis y su desarrollo histórico equivale a momificar el conocimiento científico, a negarle su historicidad esencial. Pero dicha historicidad no puede seguir siendo percibida como si fuese la condensación definitiva de los “*grandes pioneros*” de las teorías actuales, ni el museo de los errores de la razón humana, ni un depósito de anécdotas. Por el contrario, la historicidad le exige, tanto al epistemólogo como al científico, un serio esfuerzo por hacer inteligible cómo “*toda ciencia particular, en cada momento de su historia, produce sus propias nor-*

mas de verdad” (G. Bachelard, cit. por D. Lecourt en Canguilhem, 2005, p. IX). Si se concede este punto, entonces la tradicional pretensión de formular “*La Verdad*” (en un sentido último, universal, a-histórico) tendrá que ser abandonada.

En conclusión, el estudio de caso que he propuesto en torno al concepto de carácter y la cosmovisión teórica a la cual dio lugar (la caracterología) puede funcionar como un *observatorio* a través del cual la psicología devenga tan sensible como otras ciencias a la revisión crítica de sus conceptos y del origen y trayectoria temporal que éstos tienen. La “*microhistoria*”, es decir, la historia detallada de una idea y su entretejido, está muy lejos de ser un ornamento para la disciplina, ya que el sentido de identidad profesional de quienes la practican tiene mucho que ver con los supuestos acerca de cómo se gestó el conocimiento en nombre del cual se habla y se interviene en la realidad. Es imperioso ser consciente de que una imagen sesgada acerca del pasado inexorablemente nos devolverá una imagen igualmente sesgada acerca del presente. Fleck decía que “*lo pasado es mucho más peligroso cuando nuestros enlaces con él se mantienen inconscientes y desconocidos*” (Fleck, op.cit., p. 67). El psicólogo es, probablemente, quien mejor predispuesto estaría a aceptar este señalamiento de Fleck, porque sabe que, cuando su paciente ha enterrado su pasado éste seguirá actuando en su vida actual pero de un modo desastroso. Ahora ¿no sucede algo similar en la ciencia? Debemos preguntarnos qué efectos tiene para el presente de una disciplina ignorar su pasado o, lo que es peor, conformarnos con una historia distorsionada cuyo propósito sea únicamente el de usar la narrativa historiográfica para consolidar las ideas actuales (al mostrar el pasado como mero preludeo del presente). Es factible que, en el esfuerzo de someter a un inminente “*psicoanálisis*” al propio conocimiento científico, la epistemología comparada que he presentado pueda mostrar su fertilidad.

BIBLIOGRAFÍA

- CANGUILHEM, G., Lo normal y lo patológico, Siglo XXI, 2005, 8 va. ed. en español.
- CANGUILHEM, G., La connaissance de la vie, Vrin, 1965, 2da. ed.
- CHRISTIENSEN, M. L., La arquitectura del destino: una psicología del carácter desde la historiografía contextualista, Editorial de la Universidad de Guanajuato, en prensa.
- ENGLISH, H. y E. ENGLISH, A Comprehensive Dictionary of Psychological and Psychoanalytical Terms, Green and Co., 1958.
- FLECK, L., La génesis y el desarrollo de un hecho científico, Alianza, 1986.
- KUHN, T., La estructura de las revoluciones científicas, 1962.
- ROBACK, A., The Psychology of Character: with a Survey of Personality in General, Routledge & Kegan Paul, 3 ra. ed., 1931.